

Había una caja grande de lápices para dibujar, se repartían. Cada uno podía elegir hasta cinco colores. Como Ceferino se sentaba en el fondo de la clase elegía al final y a veces no encontraba los colores que a él le gustaban.

¿Y por qué se sentaba Ceferino en el fondo de la clase? Porque estaba repitiendo de grado. Era el más alto y algunos decían en voz baja que era el más zonzo.

Ese año estrenaban bancos nuevos. Así es, no eran como los viejos que rechinaban y estaban tan gastados. Eran blancos, brillantes, y con sólo pasarles un trapito se les limpiaban las manchas.





A Ceferino no le tocó banco nuevo porque era el alumno número treinta y uno y habían llegado sólo treinta bancos.

Así que acomodaron en un rincón, ese banco de antes, de madera oscura. Tenía rayas, manchas, dibujos y palabras escritas con cortaplumas.

El banco protestaba un poco cuando Cefe se movía, pero a cambio de eso tenía una hendidura para las lapiceras donde cabían justo su birome y los cinco lápices de colores.

Lo más raro, sin embargo, era el agujero calado a la derecha. Antiguamente se encajaba ahí un frasquito. Eso le contó su mamá a Ceferino. Su mamá había ido a la escuela hasta tercer grado así que sabía. No había biromes entonces, le dijo, los chicos escribíamos con tinta y mojábamos la pluma metiéndola adentro del tintero.



Si la pluma cargaba mucha tinta, para no manchar el cuaderno, usábamos papel secante. En las cosas de antes pensaba Ceferino cuando no entendía lo que la señorita explicaba y se quedaba mirando su banco oscuro y el agujero tan redondo.